

“Evil Online”

Dean Cocking y Jeroen van den Hoven

Sofía Pezoa Stoppello

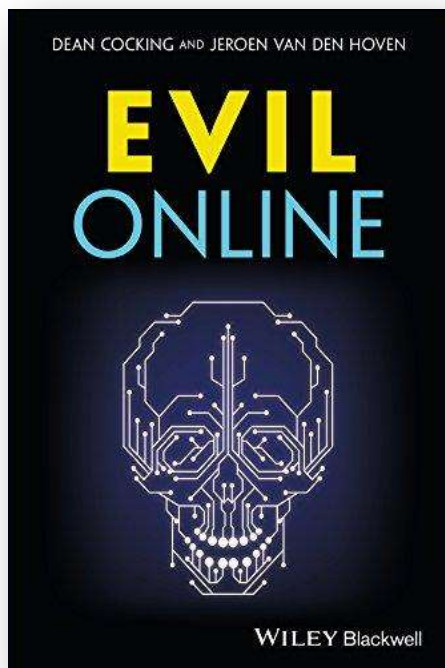
Estudiante de Licenciatura en Filosofía.

Universidad de Chile, sofia.pezoa@ug.uchile.cl

Ed. Wiley-Blackwell

Nueva Jersey, 2018, pp. 149.

ISBN: 978-1-405-15437-6



La problemática de las conductas y comportamientos dentro de la vastedad de la vida internáutica es un tópico que, hoy en día, se toca tanto como cualquier otra ‘discusión de sobremesa’. Las consecuencias de la nueva anonimidad y contradictoriamente, la exorbitante falta de privacidad dentro de las redes sociales, los casos de ciberacoso, la persecución masiva hacia minorías y los supuestos justicieros enfocados en mantener el orden moral en los foros y comentarios son, por nombrar algunos ejemplos, algunas de las tantas preocupaciones que surgen día a día sobre la vida en línea. Es aquí donde entra *Evil online* de Dean Cocking y Jeroen van den Hoven, los cuales tratan el fenómeno del ‘evil doing’ dentro del internet y el cómo esto afecta a nuestra concepción de una moral moderna.

Ambos autores, filósofos dedicados a los trabajos de ética aplicada y moral, han mostrado constante interés en las controversias de la evolución moral en nuestros tiempos; Cocking, siendo un



filósofo e investigador independiente centrado en la teoría moral y van den Hoven, siendo un profesor de ética y tecnología en la universidad técnica de Delft. Era lógico que entre ellos tomarían la actual y cambiante vida digital como objeto de estudio.

El libro comienza justamente mostrando diversos ejemplos controversiales de acciones negativas en el ambiente digital como: ciberacoso, fraudes, 'fake news' y hackeos, las cuales son situaciones que, en comprensión de nuestra moral del mundo real —llamemos así al mundo externo al tecnológico— somos conscientes de lo maligno que pueden llegar a ser pero, como señalan los autores “New digital environments constitute a different world, where the voice of traditional moral authorities and constraints of old social institutions are largely screened from view” (p.2). Este es el tópico principal que los autores destriparán a lo largo de sus 5 capítulos, centrándose en valorar nuestros nuevos hábitos adquiridos por la experiencia cibernética y cómo esta se sobrepone a actitudes morales tradicionales de nuestro ambiente y relación con el mundo real.

El internet continúa evolucionando día a día a una velocidad extraordinaria, lo que nos proporciona sobre-estímulos de nuevo contenido que, en su mayoría, no terminamos de procesar, analizar ni comprender, por lo que solemos simplemente aceptarlos sin cuestionarlos para seguir consumiendo más y más de estos estímulos. En consecuencia, dejamos pasar varias tendencias o actitudes que, poco a poco van cambiando nuestro entorno de manera radical, esto es lo que sucede con la moral. Los autores clasifican este efecto como *Moral Fog*, donde las distinciones entre el bien y el mal se ven afectadas por nuestro ambiente, viéndose difusas y oscuras hasta el punto de dejar de reconocer sus diferencias.

Continuamente los autores nos relatan que la mayoría de individuos cometiendo crímenes en las redes tienen el historial policial limpio, son buenos estudiantes, empleados, amigos, etc. pero se encuentran en reiteradas ocasiones siendo partícipes en actitudes cuestionables en internet, como tendencias de abuso, catfishing (p.22) o daños intencionalmente maliciosos. ¿Cuál es la razón de este cambio de comportamiento? Esto bien podría ser su excesiva estadía en el mundo virtual, pues este tipo de acciones suelen ser justificadas bajo la frase 'fue solo una broma' o 'todos lo hacen', siendo incluso alabados por sus amigos en línea al subir evidencias de sus fechorías en las redes. Cosas que nunca serían capaces de llevar a cabo en el mundo real, el internet tiene la habilidad de eliminar su inhibición y hacerlas posibles. Debido a la confusión moral de los márgenes digitales, todas estas fantasías son factibles y este inexistente juicio de nuestro actuar, es la razón de la necesaria distinción

entre el mal en nuestro mundo y el *Evil online*, “The online environment was part of his problem, and also part of his solution” (p.15).

Solemos pasar tanto tiempo conectados en las redes sociales que terminamos creando y cambiando la percepción de nosotros tanto fuera como dentro de ellas, siendo casi un alter ego de nosotros mismos, algunos lo llamarán ‘la mejor versión de sí mismos’ o una simple fachada para aparentar lo que no somos; pero, en las generaciones más jóvenes, los cuales están sumidos desde un inicio en una crianza a la par de las redes, esta percepción ajena de su persona es el aspecto que definirá la relación con su entorno real, con sus pares y con el resto del mundo.

La aceptación pública e inclusión social es necesaria, mientras más seguidores en tus plataformas tengas, mejor, al igual que tus listas de amigos, ‘likes’ y comentarios, lo que provoca una divulgación de detalles personales que luego pueden exponer al sujeto a situaciones maliciosas. Buscamos continuamente la atención de un público para ser incluidos, sentir que somos parte de algo mayor pero, en seguidilla, esto provoca caer en estas tendencias maliciosas. Lo que nos lleva a una segunda pregunta ¿En qué momento la aceptación pública comenzó a dictar las barreras de nuestra moralidad? Esta es una clara característica del fenómeno de *Moral Fog*, no nos damos cuenta de esta consecuencia de la adicción a internet porque lo tenemos arraigado en nuestra cómoda normalidad — lo podemos ver en el apartado de domesticidad del capítulo 2—.

No es que este concepto de aceptación pública fuera algo nuevo, siempre se ha entendido tanto en filosofía como en el resto de estudios referidos a la humanidad, que es necesario para nuestro desarrollo un entorno psicológico positivo. Este entorno no solo tiene que ver con ser aceptados, queridos o confortados en nuestros peores momentos, sino también en ser incitados a una autocrítica y evolución tanto de nuestro actuar como de nuestros pensamientos puesto que tanto uno para sí mismo como el mundo siempre se mantienen en constante cambio. Nosotros no nos podemos quedar atrás. No podemos evitar para siempre las posturas contrarias a nuestro pensamiento, para crecer necesitamos de la diversidad que el mundo real nos ofrece. Esto nos lleva a una de las tantas contradicciones que existen en el uso del internet que nos presenta esta investigación.

Con la infinidad de información y experiencias que nos otorga la red supondríamos que, de igual forma nos entrega la oportunidad de integrarnos a contextos —tanto sociales como cualquier otro— distintos al nuestro, pero la realidad es que esto sucede con poca frecuencia. Esta falsa autonomía que nos alienta a formar lazos superficiales con el contenido que vemos, nos mantiene asociados con el mismo tipo de perfiles que el nuestro, con base en todos sus sistemas de algoritmos

para facilitarnos nuestra experiencia en línea, terminando en la posibilidad de una mentalidad cerrada a la diversidad que podemos encontrar en el mundo real.

Van den Hoven y Cocking reiteradas veces nos recuerdan cómo esta interacción con el mundo es lo que nos ayuda a formar nuestro carácter moral mediante prácticas epistémicas, pero consecuencias como la anterior, la cual se produce por la estadía excesiva en la red, son las causas de los actuales cambios de nuestros valores básicos, como puede ser el concepto de privacidad. Lo que antes era una cooperativa para compartir y vivir en sociedad ahora se ha convertido en una competitiva carrera de visión restringida hacia el exterior de la categoría social en la que nos encasilla nuestra comunidad en línea. Esta poca pluralidad de opinión y falta de conexión real con el otro, termina inculcando y motivando la ceguera moral a las consecuencias de nuestros actos.

Este continuo carácter de corrupción de la moral se ve influenciado por las conexiones frívolas que mantenemos dentro de la net. Al igual que el primer sujeto, el resto de internautas aparenta ser algo nuevo, mejor y distinto a lo que son realmente —'la pluralidad de nuestras personalidades en línea' (p.89)—. Buscando ser esa 'mejor versión' de nosotros en algunas ocasiones perdemos noción de nuestro yo auténtico, fomentando esta ficción con la que, sin darnos cuenta, perdemos parte de nuestra humanidad. Convirtiéndonos así solo en imágenes o caricaturas de lo que es una persona real, esto da la impresión de que realmente no estamos provocando ningún acto que nos lleve a una consecuencia negativa, pues al caricaturizar a otro ser humano, dejamos de empatizar al completo con él pues se asume sin mayor reflexión que detrás de estas caricaturas no hay otro ser humano auténtico. Lo peor de esta característica del internet es que, normalmente, comienza sin malas intenciones, es solo el deseo del individuo de presentar la mejor imagen de uno mismo al público. El mejor ejemplo de esto es la red social de Instagram, donde se publican fotos en los 'mejores ángulos', la carencia de retratos genuinos es evidente ya que las R.R.S.S nos dan oportunidades de ensayo y error para satisfacer tanto a nosotros mismos como a otros de la imagen que presentamos.

Se hace una referencia análoga a la tesis de la banalidad del mal presentada por Arendt, ya que ambos fenómenos nos muestran cómo la gente cometiendo estos males es capaz de salir impune — los autores reconocen esto como una de las probables objeciones hacia su teoría—. Es fácil ver cómo entre ambas hipótesis existe una conexión en la difusión de la moral, tal vez no se diga nada completamente nuevo, pero se llega a desarrollar en un contexto moderno la idea primaria de Arendt

cuando incluimos la noción de *Moral Fog*, al ver cómo nos insensibilizamos moralmente en un contexto mientras que en otro somos capaces de reconocer al instante lo que está mal.

La verdad es que ni Cocking ni van den Hoven realmente proponen algo nuevo. Como anuncié al inicio de esta reseña, las problemáticas morales del mundo virtual se han vuelto tópicos casi cotidianos, sobre todo para las generaciones que viven involucradas constantemente con estos medios, pues día a día aparecen titulares mostrando nuevos actos y métodos del '*evil doing online*'. Entonces, la impresión que nos puede llegar a dejar sus 149 páginas de estudio moral es que son una academización de lo que se ha estado hablando en los últimos 10 años y que la juventud actual lo asemeja a críticas de sentido común.

Es un ciclo sin fin, tal como lo es esta reseña. El origen del mal no se encuentra en las redes, estas simplemente se encargan de amplificar su actuar. Esta propiedad circular de la problemática provoca una experiencia de lectura algo insulsa, pues incluso con la buena esquematización que contiene, suele terminar algunos tópicos para luego, cinco secciones siguientes, volver a retomarlos con otras palabras para así guiarnos a otra consecuencia y de la misma manera ir sumando tópicos sucesivamente. Esto claramente no es culpa de los autores, sino del mismo problema. Por lo que es imposible concluir una investigación como esa con una solución o respuesta positiva al respecto. Como mucho, logramos esbozar pequeñas partes de todo lo que sucede en las redes sociales y, como se ha apuntado frecuentemente, el mundo tecnológico avanza día a día, por lo que esta investigación del año 2018 se queda atrás y un poco obsoleta en muchas de las nuevas ocurrencias virtuales de los últimos 3 años. Sin embargo, este es un muy buen momento para tener en cuenta y concientizar sobre esta propuesta, que sin dudas ha seguido evolucionando a la par que el internet